

# FIGULINAS

Parocon blancas mariposas. Van gráciles y agitadas y tornan nerviosas. Son las figulinas del paseo, que sonrien á sus amadores ó los aturden con sus finas carcajadas agudas, como notas de flauta.

Vuelven á volver, y van otra vez por donde vinieron. Los abanicos, padecen en sus manos de muñeca; los abren y los cierran con vértigo y no se dán aire. Rien locuelas y hablan--¿de qué hablarán?—tal vez de modas, acaso de amor puede ser de ingratitudes. Ciértamente, aún oyéndolas toda la noche no se podría decir de que han hablando. Fatigadas de pasear siéntanse en una silla, formando fila.

En el Kiosco, los músicos interpretan una sonata de Bethowen y nadie se apercebe de que la banda dá las notas al viento.

Este cielo estrellado de Julio, de una noche cargada de perfumes, inspira laxitud y dejadez sultanesca. Se nos brindara una fortuna y se nos brindara una hora de absoluta posesión de un harem, y, seguro, nos sentiríamos orientales y despreciaríamos la dorada visión de un porvenir de oro. El tiempo dá para ello.

Etre tanto, nuestras bocas, secas de pasión, deido a sentarse junto á la ventana, ha suspirado, y recostada en el alféizar, nos ha esperando impaciente, la blanca figulina del paseo

Nosotros, no hemos acudido á la ventana, porqué el cielo está azul, y en el azul brillan las estrellas, y la luna pálida y neurasténica, nos ha acariciado colándose tímida entre el

SILUETAS.—JULIÁN MORALES RUIZ



jan en los oídos de las mujeres, frases de amor.

Los relojes, siguen jadeando, jadeando y dicen una hora maldecida por nosotros.

Se queda solitario el Prado.

Los músicos han solazado á las domésticas y á sus novios

Se ha desnudado calmosa, con la ventana abierta, corrida la persiana. Se han esparcido por la habitación, algunas ropas on desorden; la blusa, de seda finísima color amapola; la falda, de batista, y el corsé, de raso blanco sobre una silla. Las bellas turgencias de sus senos, libres de su cárcel, se han herchido, respirando satisfechas. Y así ya, solamente velada su exquisita hermosura por la sutil seda de la camisa, ha ido frente al espejo, se ha arreglado el pelo, y se ha pasado por la cara la borla de los polvos perfumados.

Con una faldilla ligera y un *matiné* descotado, andando cautelosa, ha